

Los
DIARIOS
de la
CUERDA

STEPHEN LLOYD JONES

PRIMER CAPÍTULO

 Colmena Ediciones

CAPÍTULO 1

SNOWDONIA

AHORA

Cuando Hannah Wilde llegó a la granja, una hora después de medianoche, descubrió cuánta sangre había perdido su marido.

Habían hablado poco durante el viaje a Llyn Gwyr. Hannah se había concentrado en la carretera, con la vista emborronada por la lluvia y las lágrimas. Nate, a su lado, se desplomaba en el asiento del copiloto del Discovery como una sombra encorvada. Había intentado echar un vistazo a sus heridas mientras incrementaba la distancia con lo que estaban dejando atrás, pero le resultó imposible. Siempre que sugería que se detuvieran, Nate negaba con la cabeza y le pedía que continuara.

Llega hasta la granja, Hannah. Estoy bien. Te lo prometo.

Cerca de medianoche, después de cuatro horas al volante, los letreros ingleses que pasaban velozmente ante los faros del Discovery dieron paso a sus primos galeses: Cyfronydd, Llangadfan, Tal-y-llyn.

Ningún otro vehículo compartía la noche con ellos. Y aunque Hannah podía ver poco más que lo que tenía justo delante, sentía que el paisaje que se extendía a su alrededor se estaba volviendo más agreste.

La carretera corcoveaba y se retorcía, como si intentara librarse de ellos. Durante un rato, persiguieron un acaudalado arroyo de montaña; los fragmentados diamantes de luz de luna que se reflejaban sobre su superficie eran lo único que traicionaba su presencia. Cuando el camino comenzó a serpentear, subiendo más alto, los reflejos se apagaron y se perdieron en la noche.

A quinientos metros de Llyn Gwyr, cerca de la cima de una montaña, la mujer aminoró la velocidad y apagó los faros del 4x4. El vehículo subió lentamente los últimos metros de la pendiente y se detuvo junto a un grupo de fresnos.

Hannah observó la silueta en movimiento de sus ramas desnudas durante un instante.

Apagó el motor. Hasta entonces, su sonido había enmascarado la voz del viento. Allí, en la cima de la montaña, cantaba a su alrededor y azotaba al coche.

Por Dios, ¿en qué estabas pensando? ¿De verdad creíste que este lugar sería seguro?

En el asiento del copiloto, Nate se despertó y echó un vistazo por la ventana.

—¿Ves algo?

Más allá de los árboles, el terreno caía en pendiente hasta la orilla de un lago con forma de almendra. Aunque las nubes de lluvia que se arrastraban desde el oeste habían envuelto la luna, sobre la superficie del agua persistía cierta luminiscencia. La línea negra de un río que bajaba por entre las montañas desembocaba en la zona oeste del lago.

Llyn Gwyr estaba en la orilla opuesta. Un escarpado sendero de grava que cruzaba el río por un puente de piedra conectaba la granja con la carretera principal.

—Apenas puedo ver algo desde tan lejos —le contestó Hannah—. Y está demasiado oscuro.

—Debería de haber unos prismáticos en el hueco de la puerta. Primero, examina el puente. Comprueba que es seguro.

Hannah encontró los prismáticos y se los acercó a los ojos. Miró en dirección al río. Después de un momento intentando orientarse, halló el puente. Su desmoronado arco de piedra apenas parecía lo bastante robusto como para soportar el peso de su Land Rover.

Por lo que podía ver, sobre el puente no había escombros. Nada acechaba debajo. No había nada que hiciera sospechar una emboscada.

—Es seguro.

—De acuerdo, ahora examina la casa.

Oyó que se movía en el asiento y que intentaba esconder un gemido de dolor. Se apartó los prismáticos de la cara inmediatamente.

—¿Nate? ¿Qué pasa? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada, Han. Estoy bien. —Tenía la voz ronca por el cansancio—. Venga, examina la casa.

Hannah volvió a acercarse los binoculares a los ojos y esta vez enfocó la granja. Sus paredes de piedra encalada resplandecían bajo la luz de la nebulosa luna. Encontró la silueta de lo que sabía que era, por las fotografías que había visto, un tejado de pizarra combado por el tiempo.

—¿Qué debo buscar?

—Comprueba las ventanas primero. ¿Están intactas?

Una pausa mientras examinaba las cuatro.

—Sí. Al menos, las que puedo ver.

—Eso es bueno. ¿Y la puerta? ¿Está abierta? ¿Parece forzada?

—Es difícil saberlo desde aquí, pero... —Frunció el ceño—. No, creo que está bien.

—Genial, Han. Eso es genial. De acuerdo, mira: no creo que haya nadie dentro, no creo que *pueda* haber nadie dentro, pero de todos modos vamos a ser cautos. Mantendremos los faros apagados hasta que hayamos salido de la carretera principal y conduciremos lentamente. La entrada está justo delante. Si no recuerdo mal, el sendero, hasta llegar al puente, es escarpado. Luego se allana. Aparcaremos en el lateral de la casa para que nadie pueda ver nuestro coche desde la carretera. —Hizo una pausa y siseó al cambiar de postura una vez más—. ¿Estás preparada?

Hannah soltó todo el aire de sus mejillas y asintió.

—Coge tú los prismáticos —le dijo.

Al dárselos, la mano del hombre rozó la suya. Tenía los dedos húmedos, pegajosos. Se le cerró la garganta.

—Nate, ¿todavía estás sangrando?

—Eso no importa ahora. Vamos. Ya casi estamos a salvo.

De repente, Hannah sintió la necesidad de saberlo. A pesar de las palabras de consuelo de Nate, de sus ánimos, estaba aún conmocionada por los sucesos de aquella noche. Antes de continuar necesitaba saber a qué se enfrentaba exactamente. Su mano se movió por impulso hasta la luz del techo. La encendió.

Cuando vio el estado en el que se encontraba, parte de la esperanza a la que había estado aferrándose murió. Apretó los dientes y tensó la mandíbula, decidida a no revelar cuánto la afectaba el aspecto de su marido.

Estaba cubierto de sangre.

Su chaqueta de lana estaba empapada. La tela de su camisa brillaba y goteaba. La sangre se había encharcado entre sus piernas e impregnaba los pliegues del asiento. Calaba sus vaqueros.

Cuando Hannah levantó los ojos para mirarlo, sus emociones la traicionaron y sollozó. Se estaba muriendo. No había ninguna duda. Apenas quedaba algo de vida en su interior. Sus labios se habían vuelto púrpuras. Sus mejillas, en las zonas que no estaban manchadas de sangre, eran del color de la leche. A pesar del frío que hacía en el interior del 4x4, el sudor perlaba su piel.

Nate intentó sonreír y sus labios se separaron dejando ver sus dientes. Era como si un cadáver estuviera mirándola maliciosamente.

—Creo que ya no sangro tanto.

—Tenemos que llevarte al hospital, Nate. *Ahora* mismo —le dijo Hannah con voz temblorosa. Estaba a punto de empezar a gritar.

Él negó con la cabeza.

—No, no podemos hacer eso. No me pasará nada. Te lo prometo.

—Nate, tenemos que...

—No. Hannah, escúchame. —Nate hizo una pausa y Hannah se dio cuenta de que respiraba con dificultad—. No podemos arriesgarnos. Lo sabes; sé que lo sabes. Lo que me ocurra a mí no importa. Tenemos que proteger a Leah.

Un grito oprimió la garganta de Hannah, como si se burlara de ella. Al escuchar el nombre de Leah se giró para mirar a su hija, que estaba dormida en el asiento trasero. Ver su suave rostro, tan frágil y tan sereno, la aterrorizó y consoló a partes iguales.

Él tenía razón; no tenían otra alternativa. Pero ¿cómo podía mirar a Nate a los ojos y aceptar sus palabras sin

protestar? ¿Cómo podía convertirse en cómplice de un sacrificio así? Algo se rompió en su interior. Solo había dos personas en el mundo a las que quisiera de aquel modo y anteponer una a la otra era impensable para ella. Igual que su otra opción. Nate se sacó la mano de la chaqueta y se miró los dedos ensangrentados.

—Voy a sobrevivir a esto, Han. Créeme. He perdido mucha sangre, lo sé. También sé lo grave que parece, pero he visto heridas así antes y sé que puedo lograrlo, lo juro. Siempre que consigamos llegar a la granja pronto.

Hannah se secó las lágrimas. No creía que fuera cierto. Nate era un fantasma. Pero se tragó el grito y giró las llaves en el contacto.

—Entonces, sujétate fuerte. Estaremos ahí en cuestión de minutos. ¿Estás cómodo?

—¿Hablas en serio?

La mujer se obligó a reír. Sonó como si estuviera ahogándose.

Quitó el freno de mano y puso el 4x4 en movimiento. Condujo hasta la cima de la colina y bajó la carretera por el otro lado, descendiendo a través del bosque que extendía hacia ellos sus brazos de abeto y píceas. Vio el desvío a la izquierda y lo tomó.

Cuando dejaron la carretera principal, Hannah se arriesgó a usar las luces de cruce. Estaban rodeados de altas coníferas y el sendero era poco más que una pendiente rocosa. Conducía despacio para evitar las rocas más grandes pero, incluso así, Nate gemía cada pocos metros, cada vez que las ruedas, alternativamente, perdían tracción o se agarraban al terreno. Hannah se estremecía cada vez que lo escuchaba.

Olvida las probabilidades, sigue luchando hasta el final.

¿No era esa la frase favorita de su padre? Esta sensación de impotencia, este miedo, no le hacía bien a nadie. Se obligó a recordar todo lo que sabía sobre hemorragias. Si quería que Nate tuviera alguna posibilidad de sobrevivir debía evitar que entrara en shock. Su trabajosa respiración y su sudoración eran síntomas de una grave hipovolemia.

Tenía que detener la hemorragia. Tenía que mantenerlo caliente. Y tenía que conseguir que bebiera.

Pasaron junto a un rótulo de madera, letras negras sobre un tablón descolorido y podrido. LLYN GWYR. Uno de los refugios que su padre tenía preparados.

La superficie del sendero mejoraba al final de la pendiente. Siguió sus curvas, cruzó el puente y se dirigió a la granja. Los faros del Discovery barrieron la fachada del edificio, iluminándolo todo excepto las ventanas. Aquellos semblantes negros permanecieron obstinadamente impenetrables.

El camino rodeaba la granja. Pasaron junto a unos establos de piedra y junto a una vaqueriza vacía. Cuando se detuvo detrás de la casa, la gravilla crujió bajo los neumáticos del Discovery.

Hannah apagó el motor y las luces. Sacó las llaves del contacto. La llave de la puerta trasera de Llyn Gwyr estaba en aquel mismo llavero.

—Voy a abrir la casa. Volveré en un minuto y te ayudaré a entrar.

—Llévate la linterna.

La mujer asintió, buscó tras su asiento y cogió su poderosa Maglite de cuatro pilas. Se inclinó y le dio a Nate un beso. Tenía los labios húmedos, fríos.

—No te muevas de aquí —le dijo.

—Se me han olvidado las botas de senderismo.

Era bueno que aún le apeteciera bromear, pero su voz apenas era audible.

Hannah puso la mano en la manija de la puerta y dudó. Ahora que habían llegado no quería salir del Discovery; había sido su refugio durante las últimas cinco horas. Como si él también intentara disuadirla, el viento sopló con mayor fuerza.

En ese momento, cada segundo importaba. No podía retrasarse más. Hannah abrió la puerta del coche y salió.

El viento la golpeó inmediatamente, haciendo que se tambaleara. Soplaba en ráfagas, arremolinándose como un espectro enfadado, aplastándole el cabello contra el rostro y arrancándole las lágrimas de los ojos. Hannah cerró la puerta, bajó la cabeza, se cerró la cremallera del forro polar y se alejó del Discovery.

Sus ojos aún no se habían adaptado del todo a la oscuridad, pero podía discernir la silueta de la granja contra el cielo, el negro más oscuro de sus ventanas, la puerta trasera, el invernadero. El borroso contorno de las casetas de la izquierda.

Hannah cruzó rápidamente la distancia que había entre el coche y el edificio principal, preguntándose qué encontraría al entrar. Sabía que hacía años que nadie vivía allí. Su padre pagaba a alguien para que le echara un vistazo de vez en cuando, pero no sabía cuán a menudo. Se dio cuenta de que una de las ventanas de la planta baja (de lo que debía de ser una sala de estar) estaba rota. Eso no era bueno, pero no tenía tiempo para ser prudente. Tenía que llevar a Nate adentro.

Hannah se acercó a la puerta trasera y miró a través de la ventana de la cocina. En el interior no había nada más que oscuridad. Estaba metiendo la llave en la cerradura cuando escuchó movimiento a su espalda.

Se detuvo con la mano derecha en el pomo y la izquierda sosteniendo el llavero. El sonido se desvaneció tan bruscamente como había comenzado. Y entonces lo escuchó de nuevo: el deslizarse de la gravilla suelta en el camino de atrás.

Murió una vez más, ahogado tras el viento y la lluvia.

Hannah se había metido la Maglite debajo del brazo izquierdo. Aunque no tenía nada más con lo que defenderse, la linterna era sólida. Aluminio mecanizado. El sonido que había escuchado no podía ser Nate. Habría oído la puerta del coche al abrirse.

Se pasó la linterna a la mano derecha y la agarró por el mango como si fuera un garrote. Dejó el dedo índice suspendido sobre el botón de encendido. Sentía el pulso sanguíneo de sus arterias en las orejas.

Nate y Leah dependen de ti. Eres lo único que tienen.

Lentamente, muy lentamente, giró sobre sus talones.

Al otro lado del sendero de gravilla había una huerta abandonada. Detrás de la huerta, separados por una cerca, comenzaban los campos de labranza de la granja. Podía ver la parte superior de la vegetación, bañada por la luna y doblegándose ante el viento. A lo lejos se alzaban las siluetas de las cumbres montañosas.

En el espacio que había entre la huerta y su posición, a apenas unos metros de distancia, algo se alzaba amenazadoramente. Era incapaz de verlo claramente debido a la oscuridad, pero era grande. Más que ella.

Hannah escuchó un gruñido grave. Un resoplido.

Fuera lo que fuese, estaba más cerca de ella que el coche. Angustiada, encendió la linterna.

Atrapado en el resplandor de la Maglite, bañado en su luz, estaba el ciervo más grande que Hannah había visto nunca. Su pelaje era de un castaño rojizo que se oscurecía

alrededor de su cuello. Su cornamenta, dos grupos de astas individuales, se extendía hacia arriba y al frente de su cabeza. Dos ojos claros la observaban. Hannah se quedó inmóvil bajo su mirada.

La linterna lo había sorprendido, sin duda. Podía ver los músculos palpitando y contrayéndose en su costado. Pero, por alguna razón, no salió despavorido. Arrastrando la gravilla bajo sus pezuñas, el venado se movió lateralmente y elevó el morro para olfatear el aire. Se quedó quieto durante algunos segundos y después ladeó la cabeza.

Hannah se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Si así lo decidía, el animal era lo suficientemente fuerte (y su cornamenta estaba lo suficientemente afilada) como para pasarle por encima.

Los músculos de la criatura se movieron de nuevo y ella misma se tensó en respuesta. Entonces movió la cabeza hacia la derecha y la evaluó con un único y brillante ojo.

Tan abruptamente que Hannah estuvo a punto de gritar, el venado giró en una explosión de esquirlas de grava y desapareció en tres saltos.

La mujer miró la oscuridad, desconcertada tras lo que acababa de ocurrir. Aunque nunca había oído que existieran en Snowdonia, el animal era un ciervo rojo. Y su comportamiento contradecía totalmente todo lo que ella sabía de la especie.

Lo dejó a un lado por el momento y se concentró en Nate. Regresó a la granja, abrió la puerta y entró en la cocina. Un repaso rápido con la linterna reveló una amplia habitación con un desigual suelo de baldosas. Una chimenea encastrada. Un sofá y dos butacas. Muebles de cocina con puertas de cristal sobre una polvorienta encimera. Dos alacenas: una con vajilla y la otra llena de libros de

tapa blanda, carretes de pesca, velas, paquetes de semillas, cerillas y un kit de primeros auxilios. Una mesa redonda junto a la ventana. Una puerta que conducía a un pasillo sin iluminar.

Vio un interruptor en la pared más cercana y lo pulsó. Nada. Recordó que Nate le había contado que el lugar estaba demasiado lejos para tener suministro eléctrico. Debía de haber un generador en alguna de las casetas exteriores pero eso, y la luz eléctrica, tendrían que esperar.

Cogió una caja de cerillas, posó la Maglite en el suelo y se arrodilló junto a la chimenea. Alguien había dejado leña y astillas dentro. En menos de un minuto tenía un fuego encendido. Cogió dos velas de la alacena y las encendió; colocó una sobre la mesa y la otra en la encimera. Encendería otras más tarde. Ahora tenía que llevar allí a su marido.

Fuera, la intensidad del viento se había incrementado. El aire congelado que bajaba de las montañas traía consigo un doloroso frío. Agachó la cabeza y corrió hasta el lado del pasajero del Discovery. Abrió la puerta.

Nate estaba desplomado, inconsciente, con la piel tan blanca como una sábana.

—¡Oye!

Consiguió despertarlo dándole palmaditas en la cara. El hombre se tambaleó e intentó enfocar la vista sin conseguirlo.

—Ya estoy contigo, Nate, ¿vale? No intentes hablar. Solo hay que caminar un poquito. He encendido la chimenea. Vas a tener que ayudarme. Me temo que esto va a dolerte.

Hannah se preparó para sujetarlo mientras él se inclinaba hacia delante e intentaba salir del coche. Se derrumbó en sus brazos. La mujer necesitó toda su fuerza

para evitar que se cayera al suelo, y toda su resistencia para ignorar su grito.

—Bien. Muy bien, Nate. Esta es la parte difícil. Solo un par de pasos más.

Hannah echó una mirada hacia atrás. Su hija seguía dormida.

Solo tiene nueve años. ¿Cómo puede estar pasándonos esto?

—Leah, cariño, volveré a por ti.

Dicho esto, cerró de una patada la puerta del pasajero, encerrando a la niña en el interior, lejos de la tormenta.

Nate, con un brazo alrededor de los hombros de Hannah, consiguió llegar cojeando a la cocina, donde la chimenea estaba ya calentando la habitación.

—Sofá... —farfulló.

—Ahí es a donde nos dirigimos. —Hannah lo ayudó a tumbarse y le puso un cojín bajo la cabeza. Le elevó las piernas—. Voy a tener que abrirte la camisa.

Nate apartó las manos. Hannah le abrió la chaqueta y le rompió la camisa, cuyos botones salieron disparados. El torso de su esposo estaba cubierto de brillante sangre.

Vio inmediatamente las dos heridas por punción, cada una de ellas de tres centímetros de largo. Una estaba justo encima de la costilla inferior. No sabía si le habría perforado el pulmón, no conseguía recordar hasta dónde se extendía la caja torácica. La segunda herida estaba más abajo, en el abdomen.

Hannah cogió el kit de primeros auxilios, un maletín de plástico verde, de la alacena. Levantó el cierre, abrió la tapa y rebuscó en su interior. Encontró algunas gasas y le limpió rápidamente las heridas. En un par de segundos, la sangre volvió a manar de ellas. Al menos no salía a borbotones pero, claro, ya había perdido mucha. Encontró una

bolsa de puntos de aproximación e hizo todo lo que pudo para cerrar las heridas. Colocó gasas sobre los puntos y las sujetó con vendas que enrolló con fuerza pasando los rollos bajo su espalda.

Sabía que no sería suficiente para salvarlo. Eso solo sería posible con una atención médica profesional.

Lo cubrió con la manta de una de las butacas.

—Nate, mantente despierto, ¿vale? Tienes que beber un poco.

Nate asintió y susurró:

—Te quiero.

Se estaba despidiendo.

Hannah le dio la espalda para secarse los ojos, incapaz de contestar. Encontró un vaso en el fregadero y lo llenó de agua. Cogió un paquete de azúcar de uno de los muebles de la cocina y, tras añadir un poco al agua, la removió con una cuchara.

—Bebe.

Le acercó el vaso a los labios y le levantó la cabeza mientras bebía.

Nate vació otros dos vasos antes de indicarle que ya no quería más. Entonces tomó aire con dificultad.

—Han... En el pasillo. Alacena. —Hablabla en voz tan baja que apenas podía oírlo—. Cosas... para el lago.

—¿Qué cosas, Nate? ¿A qué te refieres?

—Buceo.

Hannah frunció el ceño, y entonces lo comprendió. Se dirigió al oscuro pasillo. Gracias a la Maglite encontró la alacena bajo las escaleras. En el interior, entre abrigos, guardapolvos y sombreros, había un tanque de oxígeno y un regulador. Dirigió la luz de la linterna al desconchado cilindro blanco. En el lateral, en letras negras impresas, decía: *Aire enriquecido NITROX*. Encima, a mano en una

pegatina vieja: *MOD 28M. 36% O2*. Golpeó el tanque con los nudillos y lo inclinó. Lleno.

El aire enriquecido lo ayudaría a respirar y permitiría que entrara más oxígeno en su cuerpo. Eso les haría ganar algo de tiempo. Animada por su descubrimiento, arrastró el tanque hasta la cocina, conectó el regulador y lo metió en la boca de Nate.

—Vale, no creo que vayas a ganar ningún concurso de belleza, pero sigue respirando. Profunda y lentamente.

Nate estaba demasiado débil para contestar, pero mantuvo el contacto visual. Hannah sintió que compartían un millar de cosas con esa mirada. Le cogió mano y se la apretó.

En el interior de la habitación, el crepitar de la leña en la chimenea y la succión mecánica del regulador eran los únicos sonidos. Fuera, el viento lanzaba puñados de gotas de lluvia contra las ventanas.

Hannah se puso en pie e inhaló profundamente. Estaba a punto de salir a por Leah cuando algo pesado se estrelló contra la puerta delantera de la casa.